Editorial

Siempre se ha dicho que San Sebastián es la ciudad más bonita de España. Puede que Cuenca sea más espectacular, o Toledo más dramática. Y Cáceres más redonda, o Córdoba más exquisita, o Cádiz más brillante. Pero San Sebastián es la más bonita.

San Sebastián es muchas otras cosas. Es el centro de una de las regiones más ricas e industriales del país; centro de la industria pequeña, que es nuestra industria. Es, para algunos, el último reducto urbano del vascuence. Es, para todos los efectos, un puerto importante. Es capital de provincia. Es, a pesar de lo ocurrido en estos últimos años, todavía la capital de veraneo de España. Es nuestro primero y más conspicuo escaparate al exterior. De sus muchos recursos y atributos, creo que lo más importante de San Sebastián es su propia imagen: que sigamos creyendo y diciendo que es nuestra ciudad más bonita.

Será difícil que algún día deje de serlo. En primer lugar, el soporte topográfico de San Sebastián es asombroso. Tanto que ha dejado ya de asombrarnos; ha pasado a ser el arquetipo de la ciudad costera. (Haría falta un talento especial para producir una ciudad fea, o sea una ciudad indiferenciada e inexpresiva, apoyada sobre estos contornos perfectos.) Segundo, San Sebastián—el San Sebastián de la imagen—es una ciudad casi planeada. Dirán algunos que esto no es un recurso, sino un pasivo. Yo creo que, en principio, es indiferente el que una ciudad esté planeada o no. Lo que es importante es que una forma urbana dada exprese un mensaje interesante. Cada forma—cada organización visual—se lee como forma para un contenido. Se trata, pues, de dar con la forma que exprese el contenido deseado.

La forma de San Sebastián—el San Sebastián de la imagen, el reducido San Sebastián que conocemos todos—lleva un mensaje que es amable porque es tan peculiar: esto es lo viejo, y aquello de más allá es lo nuevo.

Lo viejo no es tan viejo, y lo que se hace en lo viejo no es tan auténtico. Pero lo viejo cumple su nueva función a medias, sin extrañar su forma de siempre. La parte antigua de la ciudad se ha incorporado, creo, con éxito completo al nuevo sistema de actividades. En algún caso (el caso admirable de la plaza de la Trinidad) se ha creado, por contra, una forma nueva para cosas que ya se hacían antes. En lo viejo hay tanta verdad como mentira. La mezcla es magnífica y hasta honrada.

Lo nuevo es viejísimo; tanto, que debería estar ya más de vuelta de lo que parece que está. Es un noble fragmento urbano, curtido por los años y mimado por los veraneos elegantes, que sobrevivió ya hace mucho tiempo la edad en la que lo pasado de moda resulta ofensivo. Lo nuevo es una arquitectura otoñal que empieza a sonreír otra vez, apoyada pacíficamente en un trazado decimonónico que la soporta con mucho empaque. Porque es un trazado ingenuo de concepción, generoso de sus espacios, y modesto hasta la monotonía. Lo nuevo no es brillante, ni dramático, ni espectacular, ni sofisticado. Es, simplemente, hermoso hasta la saciedad.

De San Sebastián nunca se ve lo que es realmente nuevo. (Hay quien aprecia, a lo sumo, una fugaz ecología de carretera, que es a ratos interesante, pero que es las más veces desordenada por su propia juventud. Puede que sea porque lo realmente nuevo ha nacido encajonado. Debe de ser porque no entra dentro del entorno normal del visitante. El hecho es que San Sebastián debe crecer, porque está vivo. Pero crece, a los ojos del visitante, como la más especuladora de las ciudades norteamericanas: en el centro y verticalmente.

¿Por qué? Lo normal es que una ciudad crezca según su periferia, en lo que se refiere a usos residenciales, siempre que el mayor costo de transportarse al exterior no sobrepase al ahorro en los costos de suelo. Parece que aquí los costos de transporte no deberían ser muy elevados, puesto que la ciudad es pequeña, y la gente ya está, por otro lado, hecha a recorrer habitualmente distancias considerables. Menos aún puede pensarse en un centro desvalorizado, ya que los precios que se pagan en la Avenida son elevados desde todos los conceptos. Podría argumentarse que el centro, además de ser el centro, tiene vistas y la periferia no; pero no creo que haya vistas, ni aun las de San Sebastián, que valgan más de un centenar de miles de pesetas por metro cuadrado. A no ser que se den una serie de circunstancias.

Es que no hay suelo urbanizado en la periferia, se dice; parece ser que éste es el caso. Me dicen que la preparación de suelo urbano está retardada por decalajes crónicos de planeamiento y tramitación. Pero se hace cuesta arriba creer que el engorro administrativo pueda resistir a la presión del mercado. Para comprar, demoler, y luego construir sobre suelo carísimo, dejando buenos terrenos languidecer en papeleo, es necesario que la operación ofrezca un claro incentivo, puesto que presenta también un claro riesgo. Este incentivo bien puede ser aquel artículo de la Ley de Arrendamientos Urbanos que permite derribar para después construir un número mayor de viviendas.

No cabe duda que la intención de este artículo era acabar con un problema de escasez de vivienda.

No creo que se redactara pensando en viviendas de lujo, sino en todo lo contrario. Ni que se intentara con él aumentar la densidad de población precisamente donde ya es más densa. Ni que se pretendiera cambiarle del todo la cara a una ciudad.

Tampoco cabe duda que la alegre aplicación de este artículo puede acabar en cambio con la imagen de San Sebastián, que es la ciudad más bonita de España.

Juan A. Ridruejo.